

Presentación del libro *Nadie que me comprenda* de Patricia Carrillo Collard

MARÍA PAZ ARELLANO*



Nadie que me comprenda,
Patricia Carrillo Collard,
Ficticia Editorial, México 2018.
Premio Nacional de Literatura
"Gilberto Owen".

Hay libros que hacen resonar fibras profundas, conocidas, recuerdos que aunque vienen a través de palabras escritas por otra persona parece que contaran vivencias que resultan muy familiares, muy cercanas. *Nadie que me comprenda* es un libro así. En él se reúnen una serie de historias en torno a Guillermo quien es el personaje principal. Historias que, de principio a fin, nos hacen sentir una intensa experiencia emocional con matices entreverados de ternura, alegría, dolor, nostalgia, tristeza. Esta es una cualidad que me parece sobresaliente en las historias narradas por Patricia.

La historia de Guillermo y su travesía por la vida; su familia, sus amigos, su tierra; sus viajes inesperados; sus pactos con el diablo; su lucha heroica contra terribles animales marinos y contra su soledad; su tristeza disfrazada de fiesta, de ironía; sus bromas, sus historias; sus amores, sus desamores; su capacidad de empatía y de ternura; su arrogancia; su generosidad; su terror ante el temible paso del tiempo; su fidelidad y sus infidelidades; y su manera de amar, siempre procurando no sufrir o tal vez es mejor decir, no revivir ningún dolor. Todo esto no es sólo de Guillermo, la resonancia tiene que ver con el hombre en nuestra cultura, hombres y mujeres que crecieron con el siglo XX. Él, originario de Mazatlán, es muy cercano al hombre de cualquier ciudad o pueblo de México de esa época.

Estos relatos —que aparentemente giran en torno a una persona—, son historias de muchas personas, no son sólo de nuestro protagonista. Son mías y creo que puedo decir que son nuestras. Muestran la cotidianidad de este personaje, de su familia y de su contexto.

A través de su lectura, inevitable e inesperadamente me fui trasladando al espacio íntimo de esta familia en un Mazatlán a la vez abierto al mundo —por ser un puerto conectado por el mar a cualquier lugar—, pero también cerrado, costumbrista, donde el hombre y la mujer son o

María Paz Arellano
Psicoanalista Titular en
función didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara.

mariapaz_arellano@yahoo.
com

eran educados para cumplir roles, para ser de una determinada manera y donde el amor es algo extraño pero donde hay un cariño, una ternura y, también, un rigor y una hostilidad siempre presentes, donde hay un marcado deber ser.

Patricia ordena sus narraciones de una forma especial. Inicia con la rememoración y a la vez con una confidencia hecha por nuestro personaje a uno de sus amigos: hizo un pacto con el diablo tiempo después de que enviudó. En "El chamuco y sus chamacas", Guillermo nos cuenta que, a cambio de su alma, Satanás le propuso que él podría tener muchas mujeres, y no sólo eso, también un carro espectacular que lo ayudaría a volverse irresistible para ellas. "Para qué hacer infeliz a una mujer cuando se puede hacer felices a muchas" fue la recomendación de Lucifer. Don Guillermo, inteligente y hábil en la negociación, aceptó, pero con una condición: que entre esas mujeres encontrase al amor de su vida. Él sabía que eso no podría ser porque tenía destinado el amor de su vida a su hija Elena; producto y recuerdo vívido de la relación con Lucía, su finada esposa a quien lo unía el recuerdo y la culpa. Quedó fiel a su hija y al recuerdo de su esposa pero siguió el consejo del diablo y anduvo con muchas mujeres. Dejó más hijas en el camino, que no eran de él "sino de sus madres".

El libro cierra, en contraparte, con "La Cita", donde se encuentran el fantasma de Guillermo y su nieta. Aquí, encontramos sus últimas confesiones, las más importantes, las que implican la honestidad de reconocerse a sí mismo. Confesiones aparentemente arrancadas por las preguntas de la nieta pero que implicaban respuestas que Guillermo no podía guardar en el más allá. Preguntas agudas sobre su vida, sus mujeres, su carácter: por qué no se hizo cargo de sus otras hijas, por qué se convirtió en un anciano grosero y amargado al final de la vida. Él respondió —en ese instante de sinceridad—: "porque fui un hombre vanidoso que no estaba preparado para envejecer".

Entre estas dos historias encontramos relatos conmovedores, gratos... en fin...

¡hay que leerlo! Guillermo fue hábil en el arte de "destantear" al otro, sus bromas sacan una sonrisa pero desconciertan porque, al final, hay una especie de sadismo adentro de ellas pero, a la vez, ternura; es una especie de "hombre-niño" ¡haciendo cada travesura!

El libro está compuesto por seis capítulos que llevan —a manera de título— una ingeniosa frase de Oscar Wilde. Los mencionaré haciendo una especie de juego de lotería mexicana con las palabras.

- Cap. I. "Lo importante no es si lo hice o no, sino que las personas creen que lo he hecho". LA APARIENCIA. LA MENTIRA.
- Cap. II. "Los niños empiezan amando a sus padres; conforme crecen, los juzgan; a veces, los perdonan". LA ILUSIÓN. LA DESILUSIÓN. EL RENCOR.
- Cap. III. "En asuntos de vital importancia, el estilo y no la sinceridad, es lo esencial". LA IMAGEN.
- Cap. IV. "Los corazones se hicieron para romperse. Por eso Dios manda tristeza al mundo". LA REALIDAD. LA CRUELDAD DEL SUPERYÓ.
- Cap. V. "Yo no quisiera ir al cielo. Ninguno de mis amigos está ahí". LA TRASGRESIÓN, LA DIVERSIÓN.
- Cap. VI. "Mejor ser un cohete caído; que no haber resplandecido nunca". EL VALLIENTE.

"Nadie que me comprenda" es la frase de una de nuestras canciones más populares: "El Rey", de José Alfredo Jiménez. Una canción que es casi un himno para los mexicanos. En ella, encontramos una mezcla *sui generis* de sabiduría popular respecto a la vida y, a la vez, una profunda negación de esa misma realidad. Cito:

Una piedra en el camino,
me enseñó que mi destino
era rodar y rodar.
Después me dijo un arriero,
que no hay que llegar primero,
pero hay que saber llegar.

Con dinero y sin dinero,
hago siempre lo que quiero
y mi palabra es la ley,
No tengo trono ni reina,
ni *nadie que me comprenda*,
pero sigo siendo el rey.

La vida es dolorosa y hay que saber llegar, ¿a dónde? A la muerte. Pero para caminar ese corto o largo tramo, se necesita, inicialmente, ser reconocido, sostenido; luego, comprendido, respetado como alguien diferente, singular.

Hay un narcisismo necesario para comenzar a vivir y, ese, viene de los padres y, como señala P. Aulagnier, del contexto, del llamado “contrato narcisista” donde es el conjunto de los adultos que reciben al niño el que le ofrece un espacio en donde se puede advenir sujeto.

Ese niño o niña se convierte durante un breve tiempo en “his majesty the baby”, nos dice Freud. Guillermo, como muchos de los hombres y mujeres mexicanos, comenzó la vida y comenzó a rodar y rodar. La “travesía incierta” nos da una evidencia de eso.

Hay una profunda soledad que cantamos a coro hipnotizados por la letra y la melodía del gran José Alfredo. Entre ser echados a la vida a “rodar y rodar” y saber vivir hay mucha diferencia.

“*Alguien que me comprenda*” implica la expectativa de que un otro se interese en mí, en las razones profundas de mi ser y actuar en la vida. “*Nadie que me comprenda*” es su contraparte, la resignación ante la no respuesta de aquella solicitud infantil y siempre perene de ser amado.

El rey de la canción de José Alfredo implica —me parece—, una máscara, un disfraz, un narcisismo creado para cubrir la dolorosa realidad.

Para Octavio Paz “La soledad es el fondo último de la condición humana”. Todos estamos solos. Sin embargo —sigo citando—: “El

hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro”. En su libro *El laberinto de la Soledad*, Octavio Paz nos muestra los laberintos de nuestro ser como mexicanos y es la soledad, eso que tenemos en común con la especie humana, pero *nuestra* soledad y la manera en que la enfrentamos, lo que nos hace ser lo que somos como pueblo.

“Nacer y morir son experiencias de soledad (nos recuerda el poeta). Nacemos solos y morimos solos. Nada tan grave como esa primera inmersión en la soledad que es el nacer, si no es esa otra caída en lo desconocido que es el morir... Nuestras vidas son un diario aprendizaje de la muerte. Más que a vivir se nos enseña a morir. Y se nos enseña mal”.

Hay un eslabón que falta y que tiene que ver con el amor. Acá observamos un eterno desencuentro.

Don Guillermo vivió y dejó una semilla que tiene, en su ADN, la fuerza, la inteligencia, la pulsión de vida junto con la de muerte, como en todos. Me encanta cuando Patricia narra cómo él contaba historias de la Revolución y del reparto agrario, cuando relataba cómo eran las cosas antes. Es conmovedor cuando nos comparte la amorosa carta, llena de aventura que le regala a su sobrina.

Finalmente, Guillermo vivió con su soledad y sobrevivió a ella, al abandono. Venció al monstruo, luchó como pudo, se agarró de la vida. Dejó tanto que Patricia se dio a la tarea de apropiarse de esa herencia que es a la vez parte de ella, de lo que ella es ahora. Rastrear las huellas en nuestro pasado, elaborarlo, tratar de comprender las palabras, las imágenes, las historias que otros dejaron en el aire nos toca a cada generación, a cada uno de nosotros. Unos hacemos psicoanálisis. Patricia lo transformó en literatura.

Un hombre común

(Nadie que me comprenda de Patricia Carrillo)

MARIO HEREDIA*

“He nacido para ser regalo,
siempre he pertenecido a alguien
y me molestaba vagar un día entero
sin encontrar a nadie a quién
ofrecerme”.

ROBERT WALSER

Borges, en "El arte de narrar" nos dice: "no creo que los hombres se cansen nunca de oír y contar historias". Y por qué nunca nos cansamos, ¿por qué seguimos escribiendo y leyendo historias? ¿Será esa necesidad de evadir nuestra realidad? ¿O el crear y creer que puede existir un mundo mejor? Y si no mejor, ¿diferente? Podríamos pasar mucho tiempo tratando de desentrañar el por qué, pero creo que en el arte, la mayoría de las veces, se convierte en un trabajo absurdo el querer llegar a conclusiones objetivas. El hecho es que así sucede. Nos gustan las historias, nos gustan los personajes y los hacemos nuestros.

Hoy me invitaron a presentar un libro de cuentos, antes habría que tratar de explicar lo que es un cuento. Tampoco le veo el caso, y menos hoy en día. Podría cansarlos con una serie de conceptos con los que se han rebanado los sesos los más expertos cuentistas y críticos. Por ejemplo, Piglia, el gran cuentista argentino, dice que el cuento siempre cuenta dos historias. Una que está visible y otra subterránea. Podría también hablarles del anti-decálogo de Borges o hablarles sobre la teoría del Iceberg de Hemingway, donde esa historia subterránea debe emerger pero a la vez seguir sumergida en el misterio. Y así seguir con conceptos y teorías sobre un oficio que, para ser honesto, solo debe encantar al lector. Para mí una buena narración es aquella que logra precisamente encantarme, que me saca de la realidad a la que todos los seres humanos comprendemos como realidad y me sitúa en otra que también es mía y también existe.

Hay libros de gran complejidad y libros de gran sencillez. Y esto no es un valor para medir la belleza del relato ni menos su trascendencia. En esta época donde todo lo medimos, donde todo tiene que tener un valor si no monetario, aunque sea de consenso, es difícil hablar de un libro sin catalogarlo. Y ya no digamos el valor que el autor pueda o no tener como persona: "políticamente correcta". Cuando leo, por morbo, a ciertas personas en nuestras famosas redes sociales, que se espantan por una fuerte y mordaz declaración de algún escritor o periodista, me imagino qué hubiera pasado con Arthur Rimbaud o con Jean Genet escribiendo en Twitter. Pero creo que me estoy saliendo del tema y del

Mario Heredia
Escritor mexicano. Ha escrito las novelas *Las machincuepas de Silvestre y su pierna biónica* y *La Santa imagen de Lucía Méndez* entre muchos otros libros de narrativa y poesía. Ha ganado prestigiosos concursos de cuento y novela nacionales e internacionales. Radica en Guadalajara donde imparte talleres de creación literaria

m_heredia_cubillas@
hotmail.com

propósito que me tiene aquí frente a ustedes. El libro titulado *Nadie que me comprenda*.

Este es un libro sencillo, con mucho humor y no por esto superficial. Un libro con una gran carga de nostalgia. Un libro donde la autora aprovecha una serie de anécdotas de un puerto de provincia para ahondar, de manera muy sutil, en la condición humana. ¿Un homenaje a un personaje que existió? Eso no me importa. El personaje solo debe existir en el relato, por eso no me gusta mucho que en la cuarta de forros de este libro se hable de un personaje que en verdad existió. Eso a mí no me interesa. La ficción, precisamente, tiene la magia de crear un mundo en el que yo, como lector inocente, creo. Y eso es todo, ese es el gran reto del escritor, llevarme de la mano a esa otra realidad. Y en este libro se logra, y por eso me siento halagado de presentarlo. Hace poco leí algo que escribió Paul Auster sobre el oficio del escritor. Él nos dice que cuando empezamos a leer un libro el escritor se nos olvida. Y así debe ser, porque al comenzar a leer un relato o una novela, si desde el principio nos atrapa, nos olvidamos hasta de que estamos leyendo. Y con gran placer cruzamos de esta realidad a esa otra. Cómo se haya logrado es otro cantar, si fue por el manejo de la atmósfera, del ritmo, del tono, de cómo se decidió estructurar, lo analizaré en una segunda lectura.

En este caso el libro se compone de una serie de relatos que van conformando, en particular, a un personaje que será el hilo conductor junto con su ciudad. Así es como la autora intercala textos que van a servir solo de atmósfera, digamos crónicas de ese Mazatlán que subsiste solo en la memoria de quienes escucharon aquellas anécdotas, con cuentos que esconden, bajo una sutil urdimbre, el drama humano. Ciudad provinciana que esconde eso que todos los que hemos nacido en ellas conocemos: El machismo, la doble moral, la religión como método para ma-

nipular a la gente, el dinero y las voces de una sociedad que puede aceptar cualquier atrocidad mientras no se sepa. Pero esto no es lo importante, todo es eclipsado por un personaje encantador del que nos vamos adueñando poco a poco: Guillermo, el héroe de un pequeño lugar, el héroe que no defendió un país, ni creó las leyes que lo rigen, ni que inventó la locomotora o la fibra óptica. Solo un hombre, un abuelo, un padre, un amigo de cualquiera de nosotros. Y que en este caso, al ir conociéndolo, me va llenando de nostalgia. Un hombre común. He aquí el punto donde el lector se siente más identificado.

¿Estaré creando yo mi propio libro? Cuando se puede lo hago, siempre he creído que un libro es mejor mientras más porcentaje de palabras deje fuera, un libro que deja bastantes silencios para que el lector los llene con su propia historia.

El libro en su totalidad gira en torno a un personaje, Guillermo, hombre que sobrevive gracias a lo que cuentan sus familiares y amigos, gracias a esa voz que se pierde en la misma narración y nunca estorba ni distrae. Ahí está la sobrina, el amigo, la hija, la hermana, la consciencia. A veces Guillermo solo aparece en la historia como pretexto para contar la vida y obra de otros personajes, pero que al final, irónicamente, lo sustentan a él, son el pretexto para hablar de él.

Al terminar el libro, satisfecho, cierro los ojos y me llega una pregunta. ¿Es un libro de cuentos?, ¿no podría ser una novela? Vicente Leñero decía que a la novela le cabe todo. Este libro es una serie de narraciones sobre un mismo personaje, ¿Entonces? Sonrío, no cabe duda que no podemos dejar de catalogar, caigo en el mismo error que antes criticaba. Por eso olvido esa pregunta y dejo que Guillermo aparezca de nuevo y me guíe por su extraordinaria vida, la extraordinaria vida de un hombre común.